

Mirada antropológica sobre el (sin)sentido del trabajo

Pedro Gómez García

Diálogo Filosófico (Madrid), 1986, nº 6: 302-312.

Al analizar, desde una óptica antropológica, el sentido o sinsentido humano de esa actividad crucial que hoy llamamos «trabajo», tropezamos con un entramado de problemas que querría hacer vislumbrar siquiera, en estas breves páginas. Para ello, intentaré trazar una escueta sinopsis de lo que ha representado el trabajo a lo largo de la evolución de la humanidad, y luego continuaré con unas consideraciones en torno a la forma dominante que ha adquirido el trabajo en nuestra época: trabajo industrial orientado al mercado.

Lo primero que salta a la vista es la significación *tan distinta* del trabajo, según sea la época o el sistema sociocultural al que nos refiramos. Este hecho nos suscita varias preguntas muy básicas. Si se puede admitir que eso que llamamos genéricamente «trabajo» existió siempre, es decir, si en realidad constituye una dimensión universal del hombre, presente en toda sociedad, prehistórica o histórica. Y en caso afirmativo, ¿cuál es su sentido teórico general? En segundo término, si la humanidad y el trabajo son realidades e ideas indisociables, si el trabajo constituye una dimensión fundamental del ser humano, ¿qué formas ha ido adoptando a lo largo de las evoluciones socioculturales, y tecnoeconómicas en particular, y qué significados han expresado esas formas? Finalmente, como lo que más puede interesarnos, hoy, ¿qué estructura y qué sentido entraña, para las sociedades industriales y para los individuos que en ellas trabajamos?

El trabajo como universal cultural

Los antropólogos físicos, los prehistoriadores y otros teóricos del origen del hombre han insistido en la importancia del trabajo (es decir, actividad que comporta uso de instrumentos, técnicas y organización de tareas) en el proceso de hominización que llevó a la aparición de nuestra especie biológica, y luego a su predominio en el planeta. El trabajo, entre otras innovaciones, hizo real al hombre como especie y ha hecho viables miles de sociedades humanas. En este enfoque tan general, el trabajo significa aquella actividad de las poblaciones humanas, mediante la cual satisfacen sus necesidades bioculturales, de modo que aseguran su supervivencia en un medio ecológico, en última instancia. Esta actividad lleva consigo un carácter *social*, colectivo, de cooperación, comunicación y organización de tareas dentro del grupo; conlleva además un carácter *técnico*, pues requiere el empleo de instrumentos diversos, procedimientos de ejecución, ciertos saberes, al menos empíricos; y va unido a una finalidad *vital*, referida a la misma sociedad, a la reproducción y perpetuación biocultural de la población.

Si esa actividad que acabo de caracterizar asegura la supervivencia, es porque, con ella, las sociedades humanas logran establecer una relación entre el «valor del trabajo» y el «valor producido», de manera tal que el valor del producto supera siempre al de la inversión que supone el trabajo. Como señala Lévi-Strauss, «se puede postular que en principio todo trabajo produce necesariamente plusvalía» (1), entendiéndola aquí como un valor añadido real. Por ejemplo, un agricultor neolítico, por cada inversión de 1.000 calorías en su labor agrícola obtiene un producto, en energía alimentaria, equivalente a 9.600 calorías. La productividad de ese trabajo, su «eficiencia tecnoambiental», como la denomina Marvin Harris (2), o lo que es igual, su plusvalía real, da un índice de 9,6. Un mecanismo del mismo tipo es el que funciona en toda sociedad humana viable.

Ahora bien, como han existido y existen muy diferentes sistemas de producción, aunque permanece idéntico el mecanismo genérico, el trabajo desarrolla significados multiformes, con importantes alteraciones en sus caracteres técnico y social, e incluso en su finalidad vital. La alteración puede llegar hasta tal punto que los incrementos de la plusvalía o la productividad (dados su desigual reparto y su orientación antisocial) signifiquen una amenaza contra la integridad de la sociedad y presagien un riesgo de extinción para la misma especie humana —si es que no para toda la biosfera—.

Algunos rasgos de la evolución del trabajo

Para presentar, de manera muy esquemática, las transformaciones que se han operado en esa práctica social que llamamos trabajo, voy a atenerme aquí no al desarrollo técnico, por más que sea una dimensión fundamental, inherente a la definición misma de trabajo, sino más bien a una perspectiva más globalizadora, que, siendo netamente económica, presta una atención central al aspecto sociológico. Me refiero a las ideas, ya clásicas, del economista Karl Polanyi (3), ampliamente acogidas por los antropólogos y que abordan el problema desde el ángulo de los *tipos de intercambio* y la evolución de uno a otro. Tiene además el aliciente de poner al descubierto el destino de la plusvalía en cada modelo.

Las sociedades arcaicas, lo mismo que los pueblos mal llamados «primitivos» de la actualidad, están organizadas unas como bandas y otras como tribus. Las bandas son de recolectores y cazadores nómadas. Las tribus pueden ser de pastores seminómadas, o de horticultores, o de agricultores neolíticos, en todos los casos con una población reducida. El trabajo constituye una actividad comunal, organizada atendiendo al sexo y la edad. La plusvalía real producida revierte directamente sobre los «trabajadores», es decir, se distribuye equitativamente entre los clanes y familias de la respectiva sociedad. Se trata de sociedades igualitarias. Y el tipo de intercambio es *recíproco*. Todos aportan su esfuerzo y todos reciben productos y servicios, mediante determinadas reglas que garantizan la reciprocidad del sistema. Ahí no cabe explotación de unos sobre otros en el trabajo; aunque allí los avances tecnológicos nos parezcan escasos, tanto la satisfacción de las necesidades vigentes como la cohesión

social suelen darse en grado elevado. Algún antropólogo ha hablado de «la sociedad opulenta primitiva» (4).

En el siguiente estadio evolutivo, encontramos un intercambio de tipo *redistributivo*. Es el que tiene lugar en las sociedades de jefatura o jerárquicas (por ejemplo, una confederación tribal, o en procesos de transición hacia el estado), donde los excedentes de producción, una buena porción de la plusvalía en el sentido ya indicado, son asignados por medio de decisiones coactivas, cuyos protagonistas son importantes personajes o «grandes hombres», redistribuidores. En este modelo de redistribución cabe una gama o escala de formas, en cuyos extremos encontramos dos modalidades claras: en el inferior, el redistribuidor trabaja más y frecuentemente recibe menos que los demás; en el lado opuesto, el «gran hombre» puede llegar a adquirir preponderancia económica y política. En este último caso, queda rota la igualdad en el trabajo y la reciprocidad en el disfrute de lo producido, hasta el punto de que los trabajadores se ven sometidos y, al culminar el proceso, «pierden el control sobre: 1) El acceso a la tierra y a las materias primas. 2) La tecnología de producción. 3) Las horas y planes de trabajo. 4) El lugar y modo de actividad productiva. 5) La disposición de los productos del trabajo» (5). En un contexto así, la redistribución está lista para ser sustituida por el mercado.

La significación antropológica del trabajo sufre, por consiguiente, cambios de contenido semántico, derivados de las mutaciones estructurales. Aun sin introducir grandes novedades tecnológicas, se manipula la división de tareas y se impone al trabajo la sobrecarga de la explotación. Es lo que acontece en las sociedades que avanzan, a través de distintos modos de producción, en ese proceso que Karl Marx calificara como *trabajo alienado* o enajenado (6). En efecto, el tercer tipo de intercambio, el *intercambio mercantil* supone una reconducción del trabajo, que produce entonces principalmente para la compraventa. Desde la aparición de las civilizaciones urbanas y estatales, el trabajo y la innovación técnica y la productividad se orientan, no ya directamente a la propia subsistencia, sino a la venta en el mercado, donde pronto se generaliza el uso del *dinero*, medida de todos los bienes y servicios, convertidos en mercancías. Se va perdiendo paulatinamente la antigua relación personalizada y motivada entre productores y consumidores. El circuito de intercambio alcanza la máxima cota de anonimato e impersonalidad. Sólo un valor cuenta en el mercado, el valor de cambio; éste es ahora el valor determinante del producto del trabajo. Y lo será también del trabajo mismo. Llega a constituirse un mercado de trabajo: sea de esclavos, sea de proletarios. La economía política capitalista fija el salario como precio en dinero de la fuerza de trabajo. La plusvalía y su acumulación adoptan nuevas formas, cuya clave está en el dinero/capital: «el objeto de la producción no es simplemente proporcionar bienes y servicios valiosos, sino incrementar la posesión de dinero, es decir, obtener beneficios» —escribe Marvin Harris (7)—. El liberalismo mercantil, al aniquilar las instancias reguladoras del equilibrio socioeconómico, y al estar guiado exclusivamente por la maximización de la tasa de beneficios, genera desequilibrios crecientes en el sistema económico, subvirtiendo la vida laboral, social y política, e infligiendo al medio ecológico degradaciones a veces irreversibles, que no contabiliza como costos. En pro de esa

maximización, no repara en destruir empleos, ni en empobrecer a las mayorías trabajadoras, ni en arruinar a los pueblos no industrializados (8); en definitiva, llega a pervertir del todo la finalidad vital y teórica de la producción (la satisfacción de necesidades humanas), derrochando cada vez más cantidad de trabajo, de tecnología, de recursos materiales, energéticos y financieros, en fabricar mercancías inútiles, dañinas o mortíferas.

No cabe duda de que el significado del trabajo, así como el de la productividad que lo acompaña, resulta paso a paso esencialmente modificado. Pero vamos a ver más de cerca algunas de las transformaciones efectuadas en el trabajo, con el expansionismo de la civilización industrial.

Bajo el imperio del trabajo industrial

Durante la época anterior al auge de la cultura capitalista, permanecían casi incólumes vastas áreas de vida tradicional y de sistemas tecnoeconómicos basados en un trabajo artesanal, manufacturas o pequeñas industrias, junto a una agricultura de índole cuasiartesanal. En el *trabajo artesano*, si bien orientado al mercado, el poder de éste solía encontrarse atemperado por ámbitos de producción para el autoabastecimiento, que se le sustraían, debido a la circunscrita extensión comercial, a los límites de la eficacia tecnológica y a los preceptos morales o religiosos. De tal suerte que un cerco de barreras socioculturales impedía la hipertrofia del mercado (desatada, no obstante, con la revolución capitalista, que arrastrará consigo la ruptura de toda traba moral, la carrera tecnológica, la mundialización mercantil y el desmantelamiento de las economías autosuficientes). La modalidad artesana preserva, para los trabajadores, un modo integral de relacionarse con los materiales y herramientas; la producción de la propia obra va acompañada de sentimientos de creatividad, puesto que el artesano es activo en la elaboración, a la que imprime un sello personal; el obrero artesano usa la herramienta, pero él es más importante que ella; y además sus obras son objeto de un reconocimiento social que él percibe. De alguna manera, siente una identificación positiva con su oficio y sus productos. Por más que la labor le cause cansancio físico, va compensado de placer y de orgullo por su trabajo.

Con el desarrollismo industrial, reciente en nuestro país, la situación se transmuta, compeliendo a un éxodo masivo desde el medio campesino tradicional a la órbita de ciudades en curso acelerado de industrialización, planeada o salvaje. Este proceso ha sido estudiado, entre otros, por el antropólogo de la Universidad de Barcelona, Claudio Esteva, en su libro *Antropología industrial* (9). Millones de trabajadores se ven presionados a esta transición desde la comunidad rural (bastante homogénea y regulada por normas consuetudinarias, donde la integración en el grupo y sus valores tradicionales es estable), hacia otro ambiente, donde chocan más o menos violentamente con la ideología urbana e industrial. La adaptación trae consigo el logro de una mejor preparación técnica y una relativa mejora pecuniaria, pero a costa de una presión aculturativa disolvente: tiende a dissociarse la personalidad individual, se cortan las raíces culturales autóctonas, y, al relajarse los controles tradicionales que

proveían de unos valores respetados, se induce a la inestabilidad afectiva, familiar y social. El fortalecimiento unilateral del orden técnico productivo desestabiliza el resto de la compleja estructura sociocultural, propiciando la agresividad, la desintegración de los lazos solidarios y el desquiciamiento personal. Es el imperio del orden laboral industrial: examinemos algunas de las características que ofrece.

Muy lejos ya de lo que era el trabajo en las sociedades en que se dirigía más o menos inmediatamente a la satisfacción de necesidades, en la sociedad industrial *sólo* se considera «trabajo» el que rinde una productividad, es decir, una rentabilidad, esto es, una elevación de la plusvalía o tasa de beneficios en los circuitos mercantiles. El resto de las actividades (por ejemplo, de subsistencia, alimentación, reproducción, crianza, construcción autónoma, etc.), en cuanto escapan a esos circuitos, no se consideran trabajo; o bien empiezan a considerarse tal en la medida en que van siendo suplantadas por servicios y objetos producidos industrialmente.

El trabajo industrial privilegia la máquina, la tecnología, frente a la persona trabajadora, quien se ve reducida a factor subordinado al funcionamiento y al ritmo de la cadena de producción, en cuyo proceso el trabajo individual representa un aporte absolutamente fragmentario. La productividad pasa a atribuirse cada vez más a la tecnología y a la máquina. Aunque es verdad que el esfuerzo físico tiende a ser menor y mejoran los salarios, la condición del trabajador resulta marcada pesadamente por la *monotonía*, y embargada por sentimientos de frustración, inseguridad y agresividad: El productor queda reducido a la pasividad no sólo en lo que toca a las decisiones, sino en la misma elaboración de los productos; la máquina se vuelve más importante que él (mano de obra impersonal, fácilmente recambiable); y por añadidura no recibe el más mínimo reconocimiento social por lo que hace. Nadie se enorgullece ya de su oficio. Con esa frustración hay que relacionar la negligencia y la baja calidad, el ausentismo, no pocas enfermedades y accidentes, y, en suma, la resistencia consciente o inconsciente al programa productivo. En efecto, el trabajo industrial provoca ante todo fatiga psíquica, un malestar y disgusto que se traducen en desapego y en ganas de abandonar el trabajo. La otra cara, complementaria, de este fenómeno se manifiesta en el desenfrenado escapismo en tiempo de ocio; del superorden del tiempo productivo, al superdesorden del tiempo libre. Pueden observarse comportamientos autodestructivos en un doble ámbito, el primero marcado por la negación de la libertad, el otro por la ilusión de libertad.

Lo dicho a propósito del trabajo industrial prototípico, que es el fabril, vale igualmente para el expansivo sector de los servicios; «las tareas sencillas, monótonas, rutinarias y repetitivas que se realizan en las oficinas, las escuelas o los hospitales producen el mismo efecto en la psicología del trabajador que las tareas sencillas, monótonas, rutinarias y repetitivas que se llevan a cabo en las fábricas. En ambos casos, los trabajadores se alienan, se aburren y se desinteresan del producto» (10). Más aún, con la introducción de máquinas electrónicas e informáticas, la situación no cambia más que aparentemente. Pese a que no exigen esfuerzo muscular, y en principio resultan más cómodas, limpias y placenteras, el mayor estímulo intelectual que reclaman es

exclusivamente operativo y de ninguna manera creativo; y, si bien su manejo es individual y el individuo controla a veces la unidad del producto, éste viene ya del todo programado, normalizado, uniformado, con lo que tampoco queda hueco para la decisión personal. La apariencia se desvanece: «Sentado en una cabina modular, enganchado al ordenador, con los ojos pegados a la pantalla, es más probable que el empleado de la oficina automatizada se aburra más, se vuelva más apático y se sienta más alienado que el empleado de tiempos anteriores a la automatización» (11). Las máquinas imponen su férrea disciplina. Algunos estudios recientes han puesto de relieve cómo los operadores de terminales de pantalla se ven aquejados de cansancio y otras afecciones psicósomáticas. Por ello, «no parece que el ordenador vaya a mitigar la alienación de los trabajadores industrializados del sector de los servicios y la información en un futuro previsible» (12). Quedaría por saber si cierto menor grado de frustración detectable no refleja sólo un mayor conformismo funcional, propio, como señala Henri Lefèbvre, del *cibernántropo*, esa «nueva especie» de hombre perfectamente «instituido, institucionalizado, funcionalizado, estructurado» (13), pero que ya ha dejado de ser humano; no sería más que un *homúnculo* (14).

Hasta estos extremos han quedado descalabradas las promesas de la era industrial, cuya seducción todavía tiene éxito entre nosotros. Toda una civilización, la cultura industrial, ha encarrilado la potencialidad del trabajo, a escala mundial, entre dos abismos: el de la autodestrucción masiva y el de una totalitarización mal disimulada de las mismas democracias desarrolladas. Semejante dinámica fuerza a los trabajadores a una adaptación traumatizadora, neurotizante, por la que todo se sacrifica, con tal de revalorarse uno como mercancía dentro del supercompetitivo mercado de trabajo. Ahora bien, una vez logrado un empleo, las estructuras laborales sustraen al trabajo de las mayorías todo carácter creador. Únicamente los estrategas y tecnólogos del más alto diseño industrial detentan esta dimensión de la creatividad y la realización personal en el trabajo, privilegio que tratan de justificar con invocaciones a la autoridad de la ciencia. Un grupo restringido posee, en exclusiva, el conocimiento global del diseño y de los objetivos perseguidos, mientras que los demás intervienen en la ejecución del trabajo con una conciencia alienada; esto es: ignoran en grado parcial o total la globalidad del proceso productivo y su intencionalidad. La «detallada división de las tareas conduce a la separación entre operaciones mentales y físicas, y entre la dirección y los trabajadores» (15). El trabajador de base es quien padece la mayor alienación en este sentido. Esta forma de la deshumanización del trabajo entraña un enorme desaprovechamiento de la inteligencia humana: «La masa indiferenciada y degradada —escribe Claudio Esteva— es convertida en una masa de maniobra desindividualizada, a la que se ha despojado de su capacidad de afirmación personal en el trabajo y en la iniciativa social» (16). Unos constreñimientos laborales tan duros desembocan en «la transformación de una parte de la humanidad en *raza mecánica*», cuyo rasgo más sobresaliente es el de la «despersonalización en el proceso de trabajo» (17). Resumiendo, la evolución del trabajo industrial por la vía de la especialización, la mecanización y la automatización significa para la persona trabajadora: «enajenación por reducción del dominio individual sobre el producto total»; «despersonalización por anomía productiva»; y «masificación por uniformidad e indiferenciación social» (18). Nos encontramos ya muy lejos de aquellas estructuras

donde el trabajo productivo sirve para satisfacer las necesidades sociales y humanas; ahora pretende, a toda costa, acrecentar la tasa de beneficios.

El trabajo mismo ya no constituye primordialmente una cualidad del hombre, sino, cada día más, un atributo de la máquina industrial (que utiliza a los obreros). La tecnología se centra en mejorar la máquina, a fin de incrementar los rendimientos, pero sólo se ocupa del hombre con miras a readaptarlo al mismo fin. Un proceso así genera, indefectiblemente, una grave distorsión antropológica: Algo que hominizó a la humanidad, el trabajo, hoy la deshumaniza e incluso llega a amenazarla de extinción. Las consecuencias más inmediatas han sido ya atestiguadas por la antropología industrial: «a) una falta de integración social; b) una débil estructura ética; c) una identificación con valores agresivos; d) una conducta insegura y frecuentemente atípica, en materia de vínculos familiares; y e) una búsqueda errática de valores de vida nuevos, comúnmente desorbitados y propensos a la fantasía conceptual» (19) — de nuevo en palabras de Esteva—. Tal vez lleven razón los que hablan de *barbarización* de la vida social, y hasta de *edad de hierro planetaria*. Aunque, irónicamente, tanto en las tribus bárbaras como en la edad de hierro parece que nunca faltó el pleno empleo, y que la producción no se disoció de las necesidades sociales.

Hoy, bajo el imperio de un sistema industrial mundializado, la pregunta se vuelve problemática: ¿Hasta qué punto la organización del trabajo subviene a las necesidades de la población mundial? La adecuación entre el trabajo y ese objetivo que le es originariamente inherente resulta desajustada más y más. La tecnoeconomía industrial se ha vuelto autofágica; produce ante todo para saciar sus propias necesidades, las de las gigantescas empresas y las de los estados (que cada año alcanzan un porcentaje más elevado en el volumen de transacciones, en el plano nacional y en el internacional, mereciendo especial mención las de índole militar). Con respecto a la «masa de consumidores» (en realidad, una clase media poco numerosa en el conjunto mundial, en comparación con los cientos de millones desheredados absolutos), la ideología del sistema les induce un estereotipo de necesidades subjetivas que, como cosa de magia, corresponden a los intereses específicos del sistema industrial y sus negocios.

Los pueblos y culturas más distintos apenas pueden resistir la fuerza que los amolda a la misma horma, la de la civilización industrial dominante, que anula las diferencias étnicas, propagando idénticas aspiraciones por todas partes e imponiendo una homogeneidad sin rostro humano; el influjo polifacético de las grandes organizaciones industriales infiltra todo el planeta, doblegándolo a sus planes o a su caos. La producción de bienes, servicios e información, sometida a un proceso (supuestamente «posindustrial») de hiperindustrialización, automatización, concentración y burocratización crecientes, invade cada vez más la vida, hasta penetrar en las relaciones interpersonales. Su programación determina los comportamientos estadísticamente dominantes, que proporcionan el patrón de la «normalidad», por más que sólo se trate de una demencia legitimada.

Reencontrar el sentido humano del trabajo

Si recordamos ahora la significación constitutiva del trabajo y su vinculación intrínseca con la satisfacción de las necesidades bioculturales, en virtud de la cual la humanidad ha sobrevivido como especie cientos de miles de años, la enajenación del trabajo y en particular la ruptura contemporánea de la conexión trabajo-necesidades supone una anomalía cargada de funestos presagios. El problema acuciante es el de dotar de nuevo al trabajo de una significación individual, social y humana satisfactoria: factor decisivo también para la salud laboral.

La pérdida de sentido del trabajo, su sinsentido existencial, síntoma y causa de enfermedades ergogénicas, queda suficientemente diagnosticado, a estas alturas. Radica, insisto con otras palabras, en que el criterio de productividad ha suplantado casi por completo al criterio de necesidad, o cuando menos lo ha corrompido. De manera que producir cada vez más resulta compatible (paradójicamente) con cubrir cada día menos las necesidades humanas. Los ambiguos pero prestigiosos conceptos *modernizar* o *racionalizar*, tan enfáticamente proclamados, no se refieren, en realidad, a otra cosa que a ciertas actividades de empresarios, financieros y políticos, destinadas al único objetivo de conquistar mayor eficiencia/beneficio. Y esto, de acuerdo con el criterio cuantitativo econométrico, que ignora palmariamente todo criterio de calidad humana. Puede ir creciendo el índice de productividad y el producto interior bruto (como ocurre estos últimos años) y, sin embargo, al mismo tiempo, ir bajando el nivel de vida, haber más desempleo, más miseria, más morbilidad.

De nuevo, un fenómeno que sólo cabe interpretar como sofisticada perversión del sistema de necesidades impuesto por las organizaciones industriales (mediante la demagogia publicitaria y la técnica del mercadeo). Ningún escrúpulo suscita el destruir millones de puestos de trabajo, ni el deshumanizar el significado del trabajo a los millones atrapados en su puesto. Para que funcione esa *racionalizada* y *modernizada* economía, basta, al parecer, con un amplio porcentaje de *hombres unidimensionales* (20), uncidos a la noria del producir-consumir ilimitados. (Aunque es de sospechar que, tarde o temprano, también para éstos se evidenciarán como necesidades, por más que satisfechas, frustrantes). Son las necesidades del sistema, divinizado. En cambio, necesidades primarias de la mayor parte de los individuos y de los pueblos ni siquiera llegan a aflorar al mercado, porque los pobres carecen irremisiblemente de dinero. Como tampoco su capacidad de trabajo existe para tal sistema, en tanto no le sea rentable pagar algo por ella.

Resumiendo, ante una mirada antropológica, esta civilización industrial aparece como cultura *tecnocéntrica* y tecnocrática, en la que tanto el trabajo como la falta de trabajo se resuelven contra la persona, contra la sociedad e incluso contra el planeta. El progreso tecnológico, entronizado cual adorado fetiche, sojuzga a infinidad de hombres y mujeres, con el señuelo de un nivel de vida mejor, a la par que enmascara los deterioros sociales y naturales generados. En este contexto, sería ilusorio buscarle un sentido humano al trabajo. A lo sumo, se aplicarán terapias de remiendo, dirigidas a

los síntomas y efectos más que a las causas que, previsiblemente, los seguirán reproduciendo.

El auge imparable de las profesiones *inhabilitantes* (21) plasma el último trasunto irreconocible de lo que un día lejano fuera la capacidad de resolver uno por sí mismo, o con los parientes y vecinos, los problemas de la vida.

Si nos propusiéramos sanear el trabajo, devolverle su sentido antropológico, habría que examinar problemas y alternativas de gran complejidad (cosa que excede lo que aquí intentamos); examen que tampoco representaría nada sin un viraje de la tendencia dominante hoy en los movimientos sociales, sindicales y políticos. La directriz de fondo sí es sencilla: En oposición a la presente cultura tecnocéntrica, una *cultura antropocéntrica* y —si se admite el término— naturocéntrica, una evolución cultural que acierte a domesticar la maquinaria tecnocientífica y las grandes instituciones (podríamos decir: Algo así como el hombre neolítico supo amaestrar animales y ponerlos a su servicio). Aunque la verdad sea que cada año andamos más lejos de este tipo de cultura, no menos verdad es que no existe otro con garantías de progreso social, convivencial y civilizatorio, que restituya al trabajo su perdida finalidad humana y vital, propiciando un acercamiento paulatino hacia el equilibrio del sistema mundial, en lugar de precipitarlo a la destrucción.

Tal vez la aportación de la antropología social y cultural, con su *mirada distante* sobre las sociedades humanas, resida en su concepción globalizadora y compleja del hombre. Lo cual permite, respecto al tema que nos ocupa, ver el trabajo humano como un problema multidimensional, integral, no reductible a factores técnicos, sino imbricado con factores biológicos, psicológicos, socioculturales y hasta ecológicos. Otras ideas de signo alternativo, enormemente sugerentes para debatir el futuro del trabajo en las sociedades industriales las podemos encontrar en pensadores conocidos, como Ivan Illich, Henri Lefèbvre, o André Gorz, entre otros.

En los escritos de Ivan Illich (22), se acuñan conceptos de gran fuerza para romper la lógica del industrialismo, como el de *herramienta convivencial*, *trabajo vernáculo*, *modo de producción autónomo*, *paro creativo*. Por su parte, André Gorz (23) plantea el modelo de lo que él mismo denomina *una sociedad dualista*, en la cual la esfera de la *heteronomía* (es decir, la producción industrial masiva de lo socialmente necesario y destinado al mercado) se articule sinérgicamente con la esfera de la *autonomía*, subordinándose aquélla a ésta. Por actividad autónoma entiende la que los individuos o comunidades inmediatas realizan, con total libertad, para sus propios fines y al margen del mercado. El trabajo heterónimo habría que repartirlo entre todos, disminuyendo las horas de cada uno, y además habría que reorientarlo a proporcionar al sector autónomo abundantes herramientas convivenciales y eficaces.

En fin, rescataremos el sentido humano del trabajo, cuando se reúnan tales condiciones que renazca el sentimiento de identificación con lo que uno hace; cuando la satisfacción de necesidades, deseos y preferencias sea protagonizada cada vez más por uno mismo (y menos por el consumo de bienes y servicios industrialmente

producidos). Porque, tanto en el trabajo como en la vida cotidiana, la salud, lo mismo que la felicidad, no puede confiarse a ninguna institución, sino que, como cree Henri Lefèbvre (24), debe convertirse en *obra propia* de cada uno, o de cada uno de los que en ella cooperan como autores. No hay emancipación del trabajo alienado, mientras la persona, siquiera al modo del artesano, no llega a reconocerse a sí misma en su propia obra, y en ésta brilla algún destello de solidaridad con la suerte del prójimo y de la naturaleza.

Notas

- (1) Claude Lévi-Strauss, *Antropología estructural. Mito, sociedad, humanidades*. México, Siglo XXI, 1979, pp. 295-296.
- (2) Marvin Harris, *Introducción a la antropología general*. Madrid, Alianza, 1981, p. 198.
- (3) Karl Polanyi, *Primitive, archaic and modern economies*. Garden City, N.Y., Doubleday and C^o, 1963.
- (4) Marshall Sahlins, *Economía de la edad de piedra*. Madrid, Akal, 1977.
- (5) Marvin Harris, *Introducción...*, p. 248.
- (6) Karl Marx, *Manuscritos: economía y filosofía*. Madrid, Alianza, 1974, pp. 103-119.
- (7) Marvin Harris, *Introducción...*, p. 251.
- (8) Franz J. Hinkelammert, *Crítica a la razón utópica*. San José de Costa Rica, Departamento Ecuménico de Investigaciones, 1984.
- (9) Claudio Esteva Fábregat, *Antropología industrial*. Barcelona, Anthropos, 1984.
- (10) Marvin Harris, *La cultura norteamericana contemporánea*. Madrid, Alianza, 1984, p. 52.
- (11) *Ibidem*. pp. 56-57.
- (12) *Ibidem*. p. 57.
- (13) Henri Lefèbvre, *Hacia el cibernántropo. Una crítica de la tecnocracia*. Barcelona, Gedisa, 1980. pp. 165-175.
- (14) Jean-Pierre Dupuy y Jean Robert, *La traición de la opulencia*. Barcelona, Gedisa, 1979. p. 245.

- (15) Marvin Harris, *La cultura norteamericana...*, p. 51.
- (16) Claudio Esteva Fábregat. *Op. cit.*, p. 49.
- (17) *Ibidem*, p. 83.
- (18) *Ibidem*, p. 248.
- (19) *Ibidem*, p. 349.
- (20) Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrializada*. Barcelona, Seix Barral, 1969.
- (21) Ivan Illich y otros, *Profesiones inhabilitantes*. Madrid, Blume, 1981.
- (22) Ivan Illich, *Energía y equidad*. Barcelona, Barral, 1974. *La convivencialidad*. Barcelona, Barral, 1974. *Le chômage créateur. Postface à la convivialité*. París, Du Seuil, 1977.
- (23) André Gorz, *Crítica de la división del trabajo*. Barcelona, Laia, 1977. *Ecología y libertad*. Barcelona, Gustavo Gili, 1979. *Ecología y política*. Barcelona, El Viejo Topo, 1980.
- (24) Henri Lefèbvre, *Hacia el cibernántropo*, pp. 35-43.